

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

BARROS ARANA Y EL METODO ANALITICO EN LA HISTORIA

UN ENSAYO DE INTERPRETACIÓN (1)

NADA más opuesto a la concepción de la síntesis en la labor historiográfica, que el espíritu de Barros Arana. Siempre que puede, parece como esquivar sus directrices. La enérgica voluntad de su pensamiento le inclinaba, por naturaleza, a la aplicación del método analítico. Está como enclavado en el fondo de su criterio observador, frío, emancipado, amante de la investigación en cualquier orden del conocimiento, así considere las grandes cuestiones del humanismo, o bien penetre en el estudio de las ciencias. Mas, el historiador chileno no es un elemento aislado en el proceso de la evolución de nuestra cultura. Toda la generación del siglo XIX, educada en la enseñanza laica del Estado, fué formada desde las aulas, en el análisis amplio de los problemas de las ciencias, de la filosofía, del derecho y de las cuestiones literarias. A ello se debe, indudablemente, que el carácter esencial de la investigación científica en Chile, en cualquiera de sus manifestaciones, sea la actitud crítica. A ello también se debe la solidez y vigor de la literatura nacional en algunas de sus ramas mejor cultivadas, tales como la Historia, el Derecho y las Ciencias Naturales. Y así se comprende por qué en América logró el pensamiento chileno fama de respetabilidad y consideración tan altas.

Bello disciplinó la juventud de su tiempo en las ventajas del método analítico. "En su espíritu recto y bien equilibrado—dice Menéndez y Pelayo—se juntaban dichosamente la audacia especulativa, que abre nuevos rumbos, y el sentido de

(1) Conferencia leída en la Universidad de Concepción el 25 de noviembre de 1933.

la realidad, que convierte y traduce la especulación en obra útil. De los resultados de su vasta y rica cultura personal, adaptó a la cultura chilena los que en su tiempo eran adaptables; y por eso, más que en filosofía pura, insistió en sus aplicaciones; más que en el Derecho natural, en el Derecho positivo; más que en la filología propiamente dicha, en la alta crítica, en la Gramática. Los tiempos lo pedían así, y él se acomodó sabiamente a los tiempos, comenzando el edificio por los cimientos y no por la cúpula. Poco le importó ser tachado de pedagogo tímido, de intolerante purista, de enemigo de la emancipación intelectual. Sin imponer cierto género de disciplina, es imposible enseñar a hablar, a pensar, a un pueblo que acababa de salir de la menor edad''. El ilustre caraqueño, por otra parte, al implantar entre nosotros su severo magisterio, no violentaba tampoco su temperamento. El sentido de la realidad estaba en él antes que nada. Era indudablemente un espíritu frío, ponderado, circunspecto. Los arranques de la imaginación, sus desbordes, podían contenerse por el férreo método con que había disciplinado su inteligencia. El poeta rara vez se elevó a esos arranques de lirismo que fueron tan comunes y que parecieron de tan buen gusto en su tiempo. Siempre en la poesía de Bello hay algo contenido, virtualmente ahogado, que teme aparecer. Es que nada hay tan apartado de su espíritu como la tendencia a construir sistemas especulativos. Nunca abarca todas las perspectivas del pensamiento para elaborar una doctrina completa. Funda todas las concepciones, así en literatura como en filología, en derecho como en filosofía, en matemáticas como en gramática, en la experimentación de los hechos, en el análisis menudo de un método científico rigurosamente exacto que elude la síntesis, para dar paso al más recio y vigoroso procedimiento crítico.

Pero si en Bello existía un corazón desapasionado y una imaginación contenida en las limitaciones de un sano realismo, fuerza es convenir que su poderoso entendimiento se nutrió de un ambiente por demás apto a su formación intelectual. Largo tiempo residió en Inglaterra. Los diez y nueve años de su estancia en Londres hubieron de serle de un provecho exorbitante. Y aun cuando ellos corresponden a los más angustiados de su vida, a los de más tristes miserias que hombre alguno americano de su fuste sufriera en tierra extraña, son los que marcan en su vida de estudioso ejemplar, los más provechosos para su espíritu anhelante en captar la verdad. Al lado de los ingleses, vinculado su hogar a una británica primero, y después

a otra, en contacto con una sociedad culta que le dió cierta cabida como individuo no nada vulgar, se impregnó de la manera de ser del carácter inglés, y de ahí el sentido realista de sus concepciones, que no excluyen, por cierto, el idealismo en determinadas cosas. En política era liberal, pero conservador a la manera inglesa. Creía en la libertad antes que en nada, siempre que ella fuera significado de orden y respeto. Era, sin duda, individualista acérrimo, cual convenía a un inglés de la primera época del siglo XIX, y como tal no podía comprender las limitaciones del Estado en las actividades de los hombres, siempre que éstas no fueran a herir ni a terceros ni a los dogmas de la moral social. Entendía las sanciones y las penas concedidas por la institución del jurado. Veía en el parlamentarismo la forma de resguardar la dignidad humana y la de la ley. Poco esperaba de la escrita. En su concepto, ninguna mejor que la ley de la tradición, o sea, el derecho consuetudinario.

La abstracción de las ideas, las *quimeras ontológicas*—como él mismo las llamó—llegaron a ser en Bello formas despreciables y primarias del conocimiento. Así como en materias de alta filología se debe por entero a Condillac, y no reconoce formación inglesa ninguna, en filosofía y en psicología pertenece en cuerpo y alma a los maestros de la escuela escocesa. Y a veces se aleja de ella y planta su tienda en la de Edimburgo. La concreción de su pensamiento hay que buscarla en los grandes guías que su espíritu sagaz supo encontrar durante su formación intelectual en Londres, formación que fué, por lo demás, definitiva. Se debe, en efecto, a Lord Holland. Extrajo de Bentham—cuyos manuscritos descifró—parte principalísima de las que fueron sus ideas políticas. Hamilton, Berkeley y Stuart Mill, le orientaron en psicología y filosofía. Hasta en pedagogía deriva su enseñanza de la manera inglesa. Todos esos pensadores, que tan alta irradiación ejercieron en Europa y en América en el siglo XIX, contribuyeron a despertar en el caraqueño la afición por las ciencias experimentales. En Bello había la pasta de un filósofo, y ciertamente que lo fué, dejándonos en sus escritos la huella de sus doctrinas que no tienen por qué analizarse aquí.

La enseñanza de Bello hizo escuela en Chile y en América. Perduró su tradición en todas las formas que abarcó su magisterio. Los juristas buscaron la fuente del derecho en el derecho tradicional romano, tal como él lo había proclamado. Los filósofos preocupáronse más de las aplicaciones de la

filosofía, como él lo deseaba. Los filólogos no se contentaron con hacer críticas de los sistemas, sino que atendieron a la gramática. Los escritores abandonaron las novedades del momento y las temerarias sugerencias de espíritus exaltados, para dedicarse a fijar la lengua en su correcta majestad y en su proporcionada sintaxis. Los poetas excluyeron las exaltaciones febriles de la imaginación para convertir la poesía, como la suya, en una expresión reflexiva, docta, profunda, bella hasta en su mismo artificio. Los historiadores no hicieron de la historia obra de arte, porque Bello no quiso que se hiciera, ni permitió tampoco que se filosofase en su nombre. Prefirió la crónica, y los que él educó fueron cronistas, que formaron una legión poderosa de sabios eruditos, amigos de los papeles, anotadores incansables de datos, cifras y hechos. Quería que la crítica depurase la Historia de más tarde. El tipo de universidad creado por él, que sentía en sus venas el sentido académico de la ciencia y de la alta cultura, fué el francés, al estilo napoleónico: práctico, positivo. Su realismo le hizo comprender que Chile, antes que sublimes doctores, necesitaba profesionales: abogados, médicos, ingenieros, etc. Después veremos el mal que con ello nos hizo.

Sus continuadores en la enseñanza no hicieron más que seguir desenvolviendo en las aulas su venerable orientación intelectual. El método de Bello quedó impreso por largos años en todos los hombres de su generación, y en la que siguió al Maestro. Y continuó hasta que vino a derribarlo la implantación del sistema alemán, nivelador por excelencia, generalísimo y superficial, de primer orden para hacer hombres sin ciencia y espíritus simplistas y vulgares, tal como convenía a una insulsa democracia, que quería el sufragio universal.

Al igual que Bello, Barros Arana ejerció en la juventud chilena un magisterio incontrastable. Pero entre ambos hay fundamentales diferencias. El autor de la *Historia General* no tuvo la facultad creadora del que escribió la *Filosofía del Entendimiento*. Ni llegó tan lejos tampoco su versación en las humanidades, aun cuando fuera humanista y hombre de la más variada cultura científica. Se parece a Bello en el amor a la enseñanza. Redactó textos sabios para su tiempo, y en esto la semejanza con el caraqueño es palpable. En cambio, en otras modalidades espirituales, se alejan hasta tocar los extremos. La pasión, en todas sus formas, dominaba a Barros Arana. Tenía pasión política recargada de la más poderosa energía. Sublimaba el odio en el sectarismo religioso. Bello era la pon-

deración misma. Los amargos contratiempos de su vida, sus grandes dolores morales, no hicieron más que acrecentar su religiosidad. Sin embargo, tanto en Bello como en Barros Arana, la honradez en los ideales, buscados por caminos tan diferentes, llegaban al mismo fin. Si es cierto que Barros Arana no fué discípulo del emocionado poeta de la *Oración por Todos*, ni oyó en los claustros fríos y solemnes del Instituto Nacional, ni en los de la Universidad, su sabia palabra, es forzoso considerarlo como tal. Intelectualmente era su discípulo, y él parecía orgulloso reconocerlo así. Le era deudor del método. Le guió en sus lecturas. Estuvo cerca de él. Historiador sobre todo, bibliógrafo, erudito, Barros Arana llevó a la perfección la doctrina historiográfica levantada por Bello, en contraposición a la sostenida por Lastarria. Impuso a su obra el sello profundo de su genio en la aplicación del método analítico en la historia, tal como lo quería y deesaba el sabio Rector de la Universidad de Chile. “Los concursos anuales daban ocasión para que la Facultad de Filosofía y Humanidades—escribe un hijo de Lastarria—a la que más especialmente correspondía esta materia, fomentara el estudio de la historia, con tal éxito que las memorias de entonces presentadas, con los discursos de las sesiones solemnes de la Universidad, forman casi principalmente nuestra biblioteca histórica. Bello, en la primera época, fué el alma en la dirección de aquellos ensayos. Amonestaba y aconsejaba; procuraba inspirar en la forma de los trabajos las ideas y el fondo de los escritos. No creía que el escritor chileno debiera dedicarse a buscar el espíritu o la filosofía de los acontecimientos, sosteniendo que debía limitarse a su simple exposición. Aquella doctrina del Maestro era de una transcendencia asombrosa. Enseñando la forma que debía emplearse, limitaba la acción del pensador. En la época en que enunciaba tales principios, germinaba en el país esa revolución en las ideas que hemos visto desenvolverse y crecer hasta hacerse en nuestros días el credo de la nación; y Bello, limitando los horizontes de la historia, reducía la influencia que podía ejercer su enseñanza en provecho de las nuevas teorías, y anulaba el apoyo que daban sus lecciones a los que señalaban nuevas miras para la aspiración política y económica del país.

“Por eso es de notar que su idea tuvo ardientes sostenedores entre los más conspicuos adalides del partido conservador. Así don Miguel de la Barra, cuya memoria ha sido relegada a un olvido indigno de sus servicios, y don Antonio García Reyes, cuya memoria ha sido por fortuna realzada, decían que hu-

bieran celebrado encontrar, en la *Reconquista Española* de los hermanos Amunátegui, "una relación más casera, abundante de pormenores y sazónada con aquellos incidentes familiares que sirven tanto para ilustrar la mente del historiador futuro, y que algunas veces caracterizan los personajes y las épocas"... y esto, cuando los señores Amunátegui creían conformarse en la composición de esa memoria con las ideas sobre el modo de escribir la historia nacional, emitidas por el señor Rector y algunos otros miembros de la Universidad. Ciertamente es que el ilustre maestro no quería reducir el papel del escritor al de mero cronista; pero sus adeptos llegaban a considerar un defecto que una memoria "estuviera escrita como podía estarlo la historia misma". "Sin embargo, como lo hemos dicho, don Andrés Bello, árbitro de la dirección de las letras de Chile, creía que la obra del historiador debiera reducirse a ser la obra del erudito".

Fué lo que hizo Barros Arana. Y aun cuando no hubiese seguido la doctrina de Bello, siempre habría llegado a fundar en la historiografía chilena el sistema que le debe a aquél, porque se conformaba admirablemente con su psicología personal, con su manera de ser intelectual. Asombra, en efecto, que un hombre como Barros Arana, de tan vasta y completa cultura científica y literaria, careciera en absoluto de espíritu filosófico, o se decidiera, ya que no era filósofo, por un sistema cualquiera. Aborrecía la especulación. Obraba y pensaba sobre hechos. La abstracción le era insoportable.

A las veces, la continuidad férrea del método expositivo parece un sistema de ordenación de doctrinas en la *Historia General de Chile*. En las notas de esa obra magna, escrita en un estilo de difícil sencillez, suelen encontrarse las ideas generales que forman, por así decirlo, el pensamiento filosófico del autor. Luego uno se desencanta, sin embargo. Cuando nos explica, por ejemplo, con una soberbia erudición, la transcendencia moral que significó para la humanidad el descubrimiento de América, no es él el que habla. Es un pensador europeo, cuyo nombre, con toda honradez, nos lo da a conocer. Si nos expone, en páginas severísimas por su elocuencia, los progresos de la geografía en el siglo XVI, y nos hace ver las consecuencias que de allí se derivaron para el comercio, la industria y el orden social, el desencanto también se apodera de nosotros. No es Barros Arana el que piensa: es un gran autor que nos cita. La pertinacia de su anticlericalismo, esa es suya. Pero tampoco es original. Todo es reflejo en este hombre. La

cultura no adquirió en él formas creadoras. No interpretó jamás. Los hechos y los hechos, hechos y más hechos. De ahí no salía. Tanto mejor para nosotros. Merced a ese esfuerzo casi sobrehumano de compulsas documental y bibliográfica, hoy nos encontramos en posesión del más valioso caudal de información para concluir interpretando nuestro pasado.

No puede negársele a Barros Arana, con todo, su título de historiador. Es el historiador nacional por antonomasia. En las páginas del prólogo y de la conclusión de la *Historia General de Chile*, ha discutido, apoyado en las mejores autoridades de los tiempos pretéritos y de su época, como luego veremos, las razones del pro y del contra del sistema *ad-narrandum* y del de *ad-probandum*, aplicado a las ciencias históricas. Ha hecho gala allí de una versación sorprendente. Pero concluye decidiéndose por el primero de esos sistemas. Por lo demás, era el que Bello había proclamado, y que él, como discípulo, se sentía obligado a sostener. También a su condición de erudito convenía el método narrativo. Se avenía mejor con la naturaleza de su espíritu. Al aplicarlo, probó hasta la evidencia la fuerza del sentido analítico de que estaba dotado. Como investigador, como bibliógrafo, sólo Medina—su discípulo—le va en zaga. El campo de Medina fué también más vasto, más universal, pero su obra toda no alcanza el sentido tan maravillosamente orgánico, como forma, fondo y factura, que nos muestra la labor del historiador chileno. Después intentó en la *Historia General* una solución para combinar los dos sistemas históricos, con el resultado que luego veremos.

Nada hay comparable como la penetración crítica de Barros Arana. Acostumbrado al cotejo de los documentos, a extraer de ellos el *sumun* de los hechos, reconstituye los momentos históricos a fuerza de deducciones e inducciones, y rara vez se equivoca. Los que hemos pasado la vida entera entregados al estudio de la historia de América, y especialmente de Chile, trabajando en la cantera de la documentación o en la veta inmensa de la bibliografía, sabemos por experiencia propia que en los diez y seis apretadísimos volúmenes de la *Historia General*, el cuadro, la visión de nuestro pasado, está intacto. sin que nada ni nadie haya logrado alterarlo. Hemos agregado un nombre, corregido una fecha. Nada más. Podemos estar en desacuerdo con las apreciaciones del historiador, sobre todo, cuando éstas se refieren a sucesos políticos; pero el fondo, ése siempre queda tal como lo pintó Barros Arana.

Uno de los defectos más señalados de este libro único es

su falta de relieve. Semejan sus páginas como el correr silencioso de las aguas de un arroyuelo, cuyo murmullo es siempre sordo, igual y acompasado. No se ven las olillas que se empujan las unas a las otras. ¡Qué obra más sin emoción! Los grandes hombres y los hombres chicos, los grandes hechos sociales y los más menudos, tienen la misma expresión. Los adjetivos no existen. Las admiraciones se hielan en la punta de la pluma de este escritor incoloro, que pasa de la colonia pasiva, encantadora y feroz, a la independencia épica, llena de sacrificios incruentos, o a la república convulsa e histérica, sin que en su alma estalle un arranque, o en su rostro cansado, de viejo maestro, se contraiga el ceño en un gesto de condenación o aplauso. ¡Curiosa escuela de historiador la suya, en que el sacerdote debía ser un personaje hierático! No podía esperarse de Barros Arana un artificio mayor para ocultar bajo las formas de una templanza serena, los rasgos de fuego de su alma impetuosa. Y toda la historia respira una aparente desapasión, una sinceridad tan levantada de ideas, un espíritu de justicia tan superior a las cosas terrenas, que el lector inexperto y poco avezado en achaques de erudición y de historia, queda al punto convencido, y luego persuadido, de que el autor que arroja en el texto y en las notas de su obra, todos los antecedentes del proceso que relata y los discute, los pesa y los contrapesa, no puede imaginarse haya podido ser un juez interesado. Ahí están, para probar lo contrario, sus opiniones sobre la colonización española; sus prejuicios contra el régimen colonial; sus diatribas contra la Iglesia Católica, que lo ha llevado a negar la obra cultural de la Compañía de Jesús — lo dice esto un hombre emancipado e increyente — su desdén por la cultura de España en América, y su odio, encubierto a veces, franco en otras, contra el iniciador de la independencia nacional, el General Carrera. ¡Pero todo está dicho y escrito tan sabiamente! Barros Arana sabe colocarse en una situación estratégica para hacer prevalecer sus simpatías o antipatías. Y es difícil encontrar otro historiador que le supere en el arte de saber componer los papeles que le conviene adoptar desde el punto de sus afecciones personales. Allega tantas pruebas, abunda en tantas referencias, son tantas las citas en que se apoya, que su opinión queda como inamovible. Nos aturde con antecedentes. Esta forma de pasión disimulada es, como ya lo hemos dicho, única en él. Cuando Lastarria, Amunátegui, Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés escriben con anhelos de justicia, rebosa en ellos la calidez del entusiasmo por un personaje o

por una época. No saben ser imparciales, y a pesar de los esfuerzos que hacen para mantenerse en una línea de la más pura independencia, es indudable que dejan entrever sus afecciones.

Barros Arana concluyó imponiéndose como maestro de una escuela historiográfica, y también como conductor de la enseñanza nacional. Era ya entre los hombres de su tiempo una personalidad con relieve propio. Vivió más que todos los compañeros de su generación. Sepultó casi a todas las grandes figuras del magisterio. Sobrevivió a todos los historiadores de su tiempo, así en Chile como en América. Vió derrumbarse a todos los políticos que le combatieron, y él quedó, como sobrenadando en el naufragio de esas existencias, admirado, respetado, considerado por las generaciones que le sucedieron como una figura nacional por excelencia. Merecía esas distinciones el hombre que había hecho de la cátedra el más puro apostolado, cuya vida intelectual puede mostrarse como un alto ejemplo de probidad moral. Se le sabía patriota y desinteresado. Se le reconocía como individuo de purísimas convicciones. Calcúlese cuál sería, con estos antecedentes, la influencia de Barros Arana en las orientaciones de la enseñanza, y cómo sus admiradores impondrían los métodos de éste. Fiel, por lo demás, a la tradición de Bello, el historiador impuso hasta con exceso el método analítico. Formó críticos, si bien poco había que hacer para obtenerlos cuando la raza de suyo los producía. Sin embargo, él supo dirigir esa conformación de nuestra mentalidad en un sentido determinado, no por la cultura, que ella nunca ha tenido un alto sentido en Chile, sino por la ilustración, que es cosa diferente de aquélla.

La posición crítica ha sido la constante característica nacional. Y no sólo en el cultivo de las ciencias, sino en cualquiera manifestación espiritual del chileno. Desmenuzamos las ideas, los conceptos y las afirmaciones. El prurito de la censura nos viene de esa condición, que en ciertas ocasiones parece virtud y en otras un gravísimo defecto. El afán de las sutilezas verbalistas, la tendencia de las opiniones rígidas sobre los hombres, de las cuales parece desprenderse casi siempre un sentimiento amargo de envidia, arranca, acaso, de esta manera de ser nuestra. Pertenece a nuestra psicología. Es el producto de un individualismo torpe, del espíritu bárbaramente selvático e independiente que nos domina. Juzgamos los hombres y las cosas a través de nuestra indómita pasión, con nuestros propios sentimientos, sin saber elevarnos por sobre los intereses personales o de círculo. Por eso chocamos. Y nuestras ansias de ver-

dad se manifiestan en las formas primitivas del dicitario o de una amargura desenfrenada que ruge. Aguzamos el ingenio para ver todas las posibilidades; menos, precisamente, lo que nos interesa resolver. Por eso también nuestros historiadores, al restablecer la verdad, hicieron crítica de fuentes documentales, y desentrañaron, con benedictina paciencia, todos los papeles de la historia nacional, arrancándolos a las bibliotecas y a los archivos de todo el mundo. Escribieron sin tasa ni medida, y con un desconocimiento del objeto de la historia que se nos antoja monstruoso. Cada uno tiró para su lado. ¿Qué sentido humano tiene ésta, nuestra historia, hecha por historiadores tan sabios? ¿Cómo han visto, en un cuadro de síntesis, nuestra misérrima evolución?

Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a la escuela en que se han educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho, al fin, un pueblo de tales y cuales características. Está en nuestros hábitos intelectuales, porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado.

¿Hasta dónde debemos agradecer a Bello su enseñanza? ¿Hasta dónde a Barros Arana? He aquí una interrogación audaz. En cierto sentido nos hicieron más mal que bien. Al hacernos despreciar la filosofía, nos apartaron del movimiento cultural del mundo. Quedamos a ciegas para competir con las ideas de los pueblos y de los hombres más organizados intelectualmente que nosotros. Por eso, la anarquía de ideas en que hoy nos debatimos. Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura. Siempre se confunde la ilustración con la cultura. La ilustración no es nada si no se tiene una formación fuerte, sólida, poderosa, en lo que el Renacimiento llamó el humanismo. El sentido práctico de la enseñanza de esos dos grandes maestros; ha sido nuestra ruina moral a la larga. El profesionalismo nos

inundó de viles apetitos. La Universidad se convirtió en fábrica espúrea de ideales, y allí se trizaron las grandes directivas de toda aspiración suprema, de toda idealidad superior. Y fuimos de tumbo en tumbo... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy y de mañana, una total ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas porque ha cruzado el país, y si las grandes divisiones de su historia no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos períodos clásicos y artificiosos. He aquí por qué, en el sentimiento de rebelión de la juventud, atiborrada del pensamiento social contemporáneo, se puede escuchar la renegación de la patria, que desconoce; y por qué ha roto con el pasado, que ignora y no comprende. Así se ha lanzado, sin solución de continuidad, en el hallazgo de una fórmula nueva de cultura, como si ésta pudiera encontrarse de un momento a otro, tal cual el químico que descubre, después de una combinación de sales, un novísimo producto.

Uno quisiera proclamar el fracaso rotundo de los historiadores chilenos como maestros y orientadores de cultura. Fueron incapaces de desenvolver el sentido de la vida del pasado, por más que ese pasado esté encerrado en limitaciones bien estrechas. Arrastrados en la carrera loca de la investigación puramente erudita, que vino a convertirse, al fin, en una especie de manía por desentrañar papeles inéditos, no nos dejaron conocer lo que éramos para explicarnos nuestra formación de pueblo, nuestra condición de raza. Y en pocos países de América se ha escrito más historia que en Chile, y se ha exaltado más el patriotismo. Se ha exagerado nuestra grandeza. Nos han hecho creer que somos un pueblo superior. Nuestras virtudes aparecen dominando, avasalladoras, sobre las lacras de nuestros vicios. No nos dejaron ver nuestros defectos; y el orgullo, el heroísmo, el desprecio, han adquirido las proporciones de una elefantiasis. Pero la historia escrita por nuestros mejores historiadores, sólo sirvió siempre para fortalecer las pretensiones de una casta y asegurar su posición. No rozó la epidermis del gran pueblo. La misma oligarquía chilena, de la cual salieron los más aventajados maestros de la composición histórica, no puede decirse que los leyera con ánimo de buscar en ellos, en sus páginas, una enseñanza. Se complacía en encontrar reflejada

en esos libros las altas glorias de sus antepasados. El espíritu de clase de nuestra sociabilidad todavía discute apasionada el carrerismo y el o'hingginismo, el montt-varismo y el balmacedismo. No polemiza por los ideales políticos o sociales que esos caudillos sostuvieron. Les interesa más saber que se les recuerda como hombres que cubren de gloria una familia o una dinastía de familias. . . . Y el orgullo de la tribu se hincha.

La historia nacional no desprendió enseñanzas, ni el chileno fué capaz de arrancarlas de sus copiosos anales. Hecha por sabios, fué escrita para sabios, para individuos especializados. Trabajada por eruditos, los volúmenes fueron amontonándose en las bibliotecas para solaz de ratones de bibliotecas. No se pensó en el grueso del pueblo. Se ignoró la existencia de una clase intermedia, a la cual, mejor que a ninguna otra, convenía conocer nuestra evolución en todos sus aspectos.

A Barros Arana le alcanzan estos reparos. El, como discípulo de Bello y continuador de su tradición en el arte de escribir la historia, formó escuela y mejoró el sistema. No parecen sino escritas para el maestro chileno estas palabras de Edmundo González Blanco cuando dice, hablando de la labor histórica de Voltaire, estas palabras: "No se puede negar, sin contradecir las enseñanzas más netas de la erudición, que los hombres del siglo XVIII fueron investigadores de iniciativa inmensa, cultivadores celosos del saber analítico, y grandes obreros en la composición de la historia. Su mentalidad crítica, o más bien, la forma o manera de manifestarse, ha dado lugar a censuras o desdenes; pero en la realidad de su entusiasmo por las empresas históricas y en la novedad del rumbo que a tales empresas imprimieron, no cabe la menor duda; y en ello están contestes todos, así los amigos como los enemigos del siglo XVIII. Y esta opinión viene, además, afirmada y acreditada por el hecho de que la afición desmedida a los estudios históricos, y el cambio más radical de orientación de dichos estudios, coincidían con la época en que Europa perdía por completo la conciencia de lo sobrenatural y miraba como fanática y supersticiosa la religión reinante. El dogmatismo que esta religión había impuesto al género humano no había permitido a la historia hacerse filosófica más que en una forma teológica, forma que fué, dentro de la cultura cristiana, el equivalente de las arengas y de los grandes cuadros de composición de los historiadores gentiles, y que, con sus abusos oratorios y sus síntesis providencialistas o monomarcólotras, dejaba en el más absoluto olvido todas las actividades humanas distintas de

la política y de la guerra. En el siglo XVIII, la política y la guerra descendieron desde el puesto más elevado hasta el más bajo entre los objetos que ocupan la atención del historiador, y se dió de mano al método detallista de los *cronistas* medioevales, de los *gaceteros* posteriores y de los hombres de estado que escribían los *Anales* de sus naciones respectivas, sin crítica, sin espíritu filosófico, sin noción de orden, sin pensamiento que les dirigiese, mezclando lo sagrado con lo profano, lo edificante con lo verdadero, lo real con lo fabuloso. Por primera vez se intentó escribir una historia que hablase a la inteligencia, no a la curiosidad ni a la fantasía. Por primera vez comenzó a tratarse en las historias, no de reinados y de batallas, sino de comercio, de industrias, de artes, de literatura y hasta de usos familiares o domésticos. Por primera vez se dieron pinturas de las costumbres, de las leyes y de las ideas, e informaciones sobre el origen y los cambios de las instituciones sociales”.

Exacto. Es eso lo que hizo Barros Arana al mejorar el sistema recomendado por Bello para escribir la historia. Su actitud oscila entre la tendencia erudita, que la domina casi por completo, y la que podríamos llamar, si se nos permite, la expresión, cultural. “Cuando Voltaire requería una *Filosofía de la Historia*—escribe Schneider— una consideración filosófica de la Historia, su oposición a la ciencia de la Historia de los eruditos especialistas de su tiempo, se proponía poner unidad y coherencia en el material histórico todo (*Historia del mundo y del hombre*), abrir nuevos campos a la investigación (*Historia de la cultura. Psicología de los pueblos*), poner el saber histórico al servicio de la ilustración de la Humanidad (*propagar conocimientos cívicamente útiles y conducentes a la obtención de un Estado racional*), y, además de todo esto, deleitar el espíritu. La historia erudita se le aparecía como un caos incoherente de hombres y números, o como una fragmentaria visión enfocada dinásticamente, y como mero ornato para políticos de antigua escuela dilettantis, labor bárbara y fastidiosa. Por eso los historiadores eruditos de su tiempo objetaron a su nueva ciencia de la Historia, que ésta se salía del terreno en el cual pudiera adquirirse un conocimiento seguro, que despreciaba resultados comprobados y necesarios de la ciencia, sin los cuales no podía sostenerse ni propagarse ninguna soberanía, por lo cual resultaba superficial y, por lo tanto, cosa de mero pasatiempo”.

Casi toda la obra histórica de Barros Arana queda circunscrita a lo que se ha llamado, por los tratadistas de esta ciencia,

operaciones analíticas; o sea, ha dedicado una parte considerable de su inteligencia a establecer las condiciones generales del conocimiento histórico en la historia nacional. El procedimiento que ha empleado no ha sido otro que el de la crítica interna y externa, llamada también crítica de erudición. En esta labor de amplificación, que excluye sistemáticamente la síntesis por contraponérsele de un modo absoluto, ha sido un maestro imponderable. Ha recorrido pacientemente todos los grados en que ella se divide: la crítica externa o de erudición, o sea, de restitución, de procedencia, de clasificación de las fuentes; la crítica interna, llamada también de interpretación, la interna de negativa de sinceridad y de exactitud y la de determinación de los sucesos o hechos particulares. En realidad, ningún historiador chileno de su tiempo, ni el mismo Amunátegui, desarrolló una labor analítica en nuestra historiografía semejante a la suya. Pero ella le era imprescindible para la tarea que se había propuesto abordar, y que debía comenzar a llevar a efecto en plena madurez intelectual. Se comprende que nos estamos refiriendo aquí a la *Historia General de Chile*. Y es digna de anotarse esta circunstancia porque rara vez un historiador ha desempeñado al mismo tiempo funciones que parecen excluirse. En la tarea de depuración de los materiales para llegar a escribir después la historia, se han agotado las más fuertes voluntades y se han detenido las inteligencias más poderosas. Siempre se recuerda el caso de Menéndez Pelayo. No era otro su afán que llegar a publicar una historia crítica de la cultura y de las letras españolas. Al desenmarañar el bosque de la maleza, al estudiar los puntos oscuros que se presentaban en la investigación, fué alejándose más y más del objeto de su aspiración suprema. Al preparar el terreno, debió entrar previamente a discutir y estudiar una larga serie de temas o cuestiones que hoy son monografías acabadísimas, tratados definitivos de asuntos que necesariamente debían caber en su proyectada historia de las letras y cultura españolas. En el siglo XVIII, otro humanista de origen valenciano, el célebre historiógrafo Juan Bautista Muñoz, después de haber peregrinado siete años por los archivos y bibliotecas de la península colectando materiales para escribir su *Historia del Nuevo Mundo*, caía herido de muerte ante la inmensidad de la tarea que se había impuesto, y legaba a las letras castellanas y a la historiografía americana, el primer tomo de una obra que, al haberla llevado a feliz término, habría sido honra de su patria. El que vió la luz es sólo un elegante tomo de composición literaria.

No es necesario salir del campo de nuestra literatura para encontrar ejemplos parecidos a los recordados. ¿No aspiró Vicuña Mackenna a componer también una historia de Chile? ¿No fué ésta la gran aspiración de Medina? Sin embargo, lo que en Barros Arana fué un triunfo de la constancia, del método y de la inteligencia, en estos otros dos historiadores fué nada más que un proyecto malogrado, perdido en el campo de la pura erudición o de la literatura.

Sección, pues, de las más numerosas e importantes forman en el conjunto de las *Obras Completas* de Barros Arana, las relativas a las cuestiones de erudición y de alta crítica. La *Historia General*, por otra parte, es un tratado perfecto de lo que podríamos llamar un verdadero magisterio en esta clase de estudios. Las notas de ese libro son de tal manera nutridas en asuntos de crítica documental, de crítica de fuentes: son tan maravillosamente sabias en lo que respecta a la heurística y a la hermenéutica; son tan primorosamente acabadas en lo que dice relación con la bibliografía y la historia literaria de América y de Chile, que desglosadas de ese libro fundamental y ordenadas con inteligente discreción, formarían un volumen digno de la firma del mejor erudito alemán de la segunda mitad del siglo XIX.

Toda su juventud fué empleada para la erudición. A los 20 años—había nacido en 1830—ya comienza a desenvolver seriamente su afición a los estudios analíticos de historia nacional y americana. A los 24, inaugura la serie de historias generales. Es entonces, en 1854, cuando publica la *Historia General de la Independencia de Chile*. La composición y redacción de esa obra, de la más escrupulosa consulta, verdadera crónica diaria de los sucesos, escrita con dificultad, con afectada elegancia en su sencillez que imita al tono severo de los historiadores latinos, le demandó cuatro años de labor, pues en 1858 publicaba el tomo cuarto. Las condiciones del escritor, del investigador y del historiador están fijadas en este libro, y de ellas no habría de desprenderse jamás; salvo, naturalmente, las modificaciones que una mayor cultura, una más fuerte ilustración y un dominio más expedito de la pluma, debían irle imponiendo después. Desde entonces datan también sus primeras preocupaciones por escribir la *Historia General de Chile*. Ni un solo día dejó pasar sin consagrarle siquiera algunas horas a la investigación de los puntos oscuros o dudosos que ella le va presentando. Los viajes que realizó por el viejo continente y por los países de América, estaban orientados ha-

cia ese fin. A partir de 1858, en que concluye la *Historia de la Independencia* hasta 1881, en que inicia la redacción del manuscrito del primero, segundo y tercer tomo de la *Historia General de Chile*, que aparecen al año siguiente, 1884; a partir de 1891, en que ha publicado once volúmenes, ha realizado Barros Arana todos los estudios preliminares que habían de servirle de antecedente para el monumento de erudición, de sabiduría, de crítica, de constancia intelectual y patriotismo que representa esa obra. Dos viajes a Europa por España, Francia, Inglaterra y Alemania, le procuran una riquísima biblioteca americana, y le permiten hurgar en las librerías públicas y en los archivos españoles los documentos para fundar las aseveraciones de su historia. Las incursiones por los países americanos: Argentina, Perú, Brasil, Uruguay, no tienen otro objeto, aun cuando en algunas ocasiones llevara la representación de su patria. Cuando está en Chile, labora permanentemente en los archivos y en las bibliotecas. Consulta a los testigos de los sucesos históricos, edita los libros inéditos de los primitivos cronistas, y escribe sobre materias que deberá tratar más tarde en su libro fundamental. Durante 53 años investiga. En el curso de ellos, sin embargo, ha ocupado cargos en la administración pública, en la enseñanza oficial y en las luchas de partido. Ha sido diarista en periódicos de oposición y de combate. Rector del Instituto Nacional, Profesor en el primer colegio de la República, Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Diputado al Congreso Nacional, Ministro Plenipotenciario, director de revistas literarias, autor de textos didácticos, y descuella como hombre de principios enterísimos, de pasiones violentas e incontrastables. Ha sido, además en el correr de ese medio siglo, consejero de hombres públicos, inspirador, director y conductor de la política liberal del país.

Ninguna de estas preocupaciones logra distraerle ni un sólo instante de la aspiración única de su vida. Y al mismo tiempo que esas actividades, en las cuales el ritmo del orden, del método y de la armonía más severamente espiritual presiden su existencia, Barros Arana parec llevar como por delante las últimas novedades de la alta cultura europea. Está al día en ciencias, en artes, en historia, en política, en geografía, en todos los conocimientos humanos, en fin, menos en filosofía, que no le interesa.

El caso de esta voluntad inquebrantable para el estudio, es mucho más original aun cuando se sabe que fué Barros Arana

un autodidacta. Un hombre que se formó solo. Poco le debió al colegio. Nada a la Universidad. Pero cuando cruzó los viejos claustros del Instituto Nacional, la enseñanza recibía una transformación total en 1843. El 25 de febrero de ese año—nos dirá el mismo Barros Arana—“fué dictado un nuevo plan de estudios secundarios que importó una reforma transcendental en la enseñanza pública. Ese plan fijaba un orden obligatorio de estudios, y comprendía, junto con el latín, la gramática castellana, el francés, la geografía, la cosmografía, la historia, las matemáticas elementales, la filosofía y la literatura. Recuerdo todavía, agrega, la impresión que produjo esta reforma entre los estudiantes y el mayor número de los padres de familia. Lamentaban la obligación de estudiar aquellos ramos que la ignorancia vulgar calificaba de innecesarios, como más tarde han calificado del mismo modo el estudio de la física, de la química y de la historia natural. Decíase generalmente que habiendo en Chile demasiado abogados, el gobierno había ideado esta innovación para reducir el número de los jóvenes que llegasen a la posesión de ese título”. Y hablando del curso que recibió esa enseñanza, de la cual él fué alumno, ha escrito: “Es curioso observar que hasta ahora no ha habido en Chile ningún curso del cual hayan salido tantos escritores más o menos sobresalientes. Baste recordar que junto con él (con Miguel Luis Amunátegui), estudiaron su hermano don Gregorio Víctor, don Eusebio Lillo, don Guillermo, don Alberto y don Joaquín Blest Gana, don Santiago Godoy, don Ramón Sotomayor Valdés, don Floridor Rojas, don Pío Varas, don Pedro Pablo Ortiz, don Ambrosio Montt, don Ignacio Zenteno, don Pedro León Gallo y varios otros que, aunque dotados de verdadera inteligencia, no han seguido más tarde una carrera propiamente literaria”. Entre estos nombres debe colocarse en lugar prominente, por cierto, el del propio Barros Arana. Durante nueve años recibió la enseñanza impartida en el primer colegio nacional por el polaco Domeyko y Antonio Varas. Abandonó las aulas secundarias en una plena adolescencia de primavera: a los 18 años. Ya entonces, al principiar los estudios de derecho en el mismo Instituto, afloró en él un mal grave. Sufrió de una debilidad general, que a su opulenta familia de rancia estirpe pelucona, parecía más peligrosa por el recuerdo trágico de un hermano suyo, José, que pagó a esa misma edad un tributo temprano a la muerte, consumido por el mal de una tisis incruenta. El estudio no podía convenir a aquella naturaleza lisiada en flor. Hubo necesidad de subs-

traerla a la preparación intelectual que ansiaba el padre—un hombre rico, comerciante y agricultor acaudalado, político que militaba en las huestes de la tribu conspicua y señorial del peluconismo, y que más culto que la generalidad de sus paisanos, en sus mocedades, en el exilio de los chilenos en Buenos Aires, después de Rancagua, abrió generoso su bolsa para ayudar las empresas editoras e industriales de Benavente y Gandarillas, y también para la publicación de los escritos del padre Camilo Henríquez. (Después, cuando su hijo muestre una vocación irrefrenable por la lectura, será el mecenas que satisfaga sin reservas la pasión del muchacho).

He aquí cómo Barros Arana sólo recibió una cultura media en su juventud. No alcanzó los grados de la enseñanza secundaria, ni los de la universitaria. El latín fué el único ramo en que obtuvo una honrosa distinción: en filosofía, en matemáticas, en gramática, en historia, no alcanzó ninguna, aunque figura en los libros del Instituto como alumno aprovechado. A partir de su retiro de los claustros institutanos se formará el auto-didacta. Lo que debe a su esfuerzo como lector incomparable, provendrá de su tenacidad vasca, y las peculiaridades psicológicas de tal antecedente racial, se impondrán impertérritas en sus concepciones políticas, sociales, morales e intelectuales. Darán el tono de su obra literaria y el criterio de su sentido histórico.

No lleva un año todavía ausente de las aulas cuando se inicia en la vida literaria santiaguina, reducida y carente de interés. Se hace traductor de novelas históricas francesas, tales como el *Piquillo Aliaga*, de Eugenio Scribe; *El Caballero D'Harmental*, de Alejandro Dumas; y la *Historia de treinta horas o revolución de febrero de 1848* suscrita por Pierre et Paul, que entrega a los folletines de la ciudad del Mapocho y en los que ha colaborado con su hermano José, muerto precisamente al año siguiente en que aparecen esas publicaciones, en 1849.

Y como si un síno especial siguiera imperando en la orientación intelectual que emanaba de Bello, Barros Arana fué fiel a la doctrina de aquél hasta en la manera de iniciarse en la vida literaria. ¿No había dicho y repetido el venerable Rector de la Universidad, que una de las mejores formas de prepararse en el dominio de la lengua, en el arte literario y en la comprensión de la belleza estética para los jóvenes, era la traducción de las grandes obras clásicas del pensamiento, sobre todo de las que legó el genio latino? Los escritores de esa época y los

anteriores a ella, que recibieron la influencia del traductor del *Orlando Enamorado*, procedieron así. ¿No basta recordar el caso de Sanfuentes, de Amunátegui, de García Reyes, de Lastarria, de Guillermo Blest Gana, Blanco Cuartín y tantos otros, para probarlo?

Lo que va a despertar su vocación son sus lecturas históricas durante la estancia campesina. Llevado a la hacienda paterna para reponer su constitución débil y enfermiza, que a los suyos se antojaba trizada y en peligro de muerte, en los amplios y soleados cuartos de la casona colonial, arrumados en los anaqueles de la cuadra, el joven Barros Arana encontrará lo volúmenes de la *Historia Física y Política de Chile*, de Claudio Gay. Ellas entretendrán sus horas de soledad; le servirán para descubrir el imperativo de su alma hasta que, unido a Antonio García Reyes, erudito, a la vez que abogado y político, sea él quien le sirva de guía en sus lecturas históricas nacionales, y lo impulse a la investigación de los hechos. Ese será su conductor.—GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

(Continuará).

EL HORIZONTE POLITICO

¿TIENE actualmente algún hombre de las razas blancas la mirada franca y capaz para ver lo que sucede en su alrededor en el globo terrestre? ¿Ojos, para ver la magnitud del peligro que amenaza a estas masas humanas? Yo no hablo de la multitud culta o inculta de nuestras ciudades, los lectores de diarios, el ganado electoral de los días de elección, donde desde hace tiempo, no existe ya una diferencia de rango entre electores y elegidos; sino que hablo de las clases *dirigentes* de las naciones blancas, en la medida en que no estén ya destruídas, de los hombres de estado, si acaso los hay; de los *verdaderos* conductores de la política y de la economía, de los ejércitos y del pensamiento. ¿Hay acaso alguien que mire más allá de estos años, de su continente, de su país, o aun más allá del estrecho círculo de su propia actividad?

Vivimos en un tiempo saturado de destino. Ha comenzado la época histórica más formidable no sólo de la cultura fáustica, de la Europa occidental con su enorme dinamismo, sino precisamente a causa de esta cultura, la más grande época de toda la